

De la historia de los conceptos a la filosofía política

Manuel E. Vázquez

RESUMEN

El objeto del artículo es la teoría de la historia de R. Koselleck. Partiendo de la oposición entre metáfora y concepto, que resume el antagonismo entre los proyectos teóricos de Koselleck y Blumemberg, se expone cómo funcionan en la historia conceptual las metáforas del espejo y el horizonte. Desde ahí se indica el modo en que se deconstruyen los supuestos trascendentales de la teoría de la historia conceptual, mostrando su límite ontológico, antropológico y político.

ABSTRACT

The aim of this article is the theory of history by R. Koselleck. It sets up how the metaphores of mirrow and horizon work within conceptual history on the basis of the opposition between metaphor and concept which summarizes the antagonism between Koselleck theoretical proyects and Blummemberg's ones. It explains how the transcendental hypothesis of conceptual history theory are deconstructed pointing out their ontological, antropological and political limits.

El objeto del presente artículo es la teoría de la historia de R. Koselleck. Aun cuando dicha teoría está orientada a la denominada «historia conceptual», la exposición se ciñe a lo tradicionalmente considerado como lo otro del concepto; a saber: la metáfora. Esa oposición entre metáfora y concepto, historia conceptual y metaforología, apunta al antagonismo entre dos proyectos teóricos de reconocida envergadura, susceptibles de ser resumidos en los nombres propios de Koselleck y Blumemberg.

Si bien el objeto del trabajo es abordado desde una perspectiva esencialmente metodológica, no intenta mantener la dicotomía apuntada, considerar cómo se construye la historia conceptual, ni evaluar sus resultados. Más bien se trata de señalar cómo se exponen y funcionan en el interior del discurso de Koselleck dos metáforas bien concretas: el espejo, el horizonte. Desde ahí se indicará tanto el modo en que se deconstruyen los supuestos de la teoría de la historia conceptual, como su límite —ontológico, antropológico y político.

1. CONTAR UNA HISTORIA

Aun cuando pueda parecer un tanto alejado del propósito, comenzaré leyendo una pequeña historia de I. Calvino cuyo título es «Las ciudades y el deseo. 4». Si la ciudad es la *polis*, la historia —también esta historia—, nombra la política. El fragmento dice así:

«En el centro de Fedora, metrópoli de piedra gris, hay un palacio de metal con una esfera de vidrio en cada aposento. Mirando el interior de cada esfera se ve una ciudad azul que es el modelo de otra Fedora. Son las formas que la ciudad hubiera podido adoptar si, por una u otra razón, no hubiese llegado a ser como hoy la vemos. Hubo en todas las épocas alguien que, mirando a Fedora tal como era, imaginó el modo de convertirla en la ciudad ideal, pero mientras construía su modelo en miniatura Fedora ya no era la misma de antes y lo que hasta ayer había sido su posible futuro ahora sólo era un juguete en una esfera de vidrio»¹

Son muchas las cosas ahí aludidas. Por ejemplo, los juguetes: aquello a lo que quedan reducidas las construcciones conceptuales una vez convertidas en infantiles esferas de vidrio. Esas mismas construcciones conceptuales son el testimonio de las ciudades ideales que los antepasados trazaron y en las que quizás afortunadamente nunca llegamos a vivir. También son «las formas que la ciudad hubiera podido adoptar si, por una u otra razón, no hubiese llegado a ser como hoy la vemos». Siempre está presente ese «por una u otra razón». Quizá la historia sea la secuencia de esos «por una u otra razón» que impiden a lo ideal hacerse íntegramente real. Una manera de nombrar el transcurrir del tiempo. Sin descanso, el tiempo pasa mientras enunciamos la cancelación del pasado o la propuesta de un futuro diferente. Mientras prescribimos cómo debe cambiar el mundo, éste ya ha cambiado sin ni siquiera consultarnos: «lo que hasta ayer había sido su posible futuro ahora sólo era un juguete en una esfera de vidrio». Ese posible futuro que un día los hombres trazaron, quizá sea, ahora que acertamos a reconocerlo como tal, el futuro pasado de la historia que Koselleck nos narra. Si cabe proseguir la analogía, las «esferas de vidrio» de Calvino bien pudieran ser los conceptos que aun careciendo de historia sin embargo la contienen. Sólo así el futuro posible queda finalmente convertido —tal es el efecto del paso del tiempo— en el futuro pasado apresado en las infantiles esferas de vidrio o en los conceptos que articulan la historia.

Habría algo más: el hecho de que en Fedora existan individuos que proyectan Fedoras diferentes, cambia a Fedora y la vuelve siempre diferente.

1 I. CALVINO, «Las ciudades y el deseo. 4» en *Las ciudades invisibles* (trad. A. Bernárdez). Siruela, Madrid, 1994, p. 45.

Por decirlo de otra manera, el futuro posible que se anticipa está siempre sintácticamente inserto en el mundo real que lo produce². El futuro posible sólo es tal a partir de esos otros tantos modelos, esferas de vidrio, futuros pasados o historias acontecidas. Las posibilidades por venir ya están contenidas de alguna manera en los recipientes y conceptos que encierran lo que para el observador actual es el pasado. Por eso, en el diálogo imaginario entre Marco Polo y el Gran Jan que Calvino nos narra, se añade: «En el mapa de tu imperio, oh Gran Jan, deben encontrar su sitio tanto la gran Fedora de piedra como las pequeñas Fedoras de las esferas de vidrio» (pp. 45-46). De inmediato cabe pensar en la noción de enciclopedia semántica o, quizás, en el proyecto de un diccionario de los conceptos históricos en los que la historia misma estaría contenida. Tanto un caso como otro debería comprender la ciudad pétreo del presente real y las pequeñas ciudades de vidrio del futuro pasado:

«Fedora tiene hoy en el palacio de las esferas su museo: cada uno de sus habitantes lo visita, escoge la ciudad que corresponde a sus deseos, la contempla imaginando que se refleja en el estanque de las medusas que debía recoger las aguas del canal (si no lo hubiesen secado), que recorre subido a lo alto del baldaquín la avenida reservada a los elefantes (ahora proscritos de la ciudad), que se desliza a lo largo de la espiral del minarete en caracol (que no volvió a encontrar la base desde donde se levantaría).» (p. 45)

En esa enciclopedia, diccionario o museo se encuentran las ciudades que un día proyectaron el futuro y hoy son el pasado. Esto es, todo lo que hubiera podido ser si «por una causa u otra» no hubiera fracasado. Así, por ejemplo, en las aguas del estanque de esas ciudades —hoy ya esferas de vidrio— hubiera cabido mirarse si, lamentablemente, el tiempo y los hombres no lo hubieran desecado. Ahora bien, ¿basta con la contemplación de las posibilidades que ahora ya simplemente constituyen el futuro pasado de la historia? Calvino simplemente se limita a apuntar que en el mapa, museo o diccionario debe haber sitio para las dos Fedoras, la actual de piedra y la pasada de vidrio:

«No porque todas sean igualmente reales, sino porque todas son sólo supuestas. La una encierra todo lo que e acepta como necesario cuando todavía no lo es; las otras lo que se imagina como posible y un minuto después deja de serlo» (p. 46)

Esto puede ser leído de dos maneras. Según la primera, tanto la ciudad pasada como la presente, son conjeturales. Una contiene lo que se acepta como necesario sin ser realmente tal. Sólo es necesario lo pasado que, como

2 Para una lectura diferente del fragmento de Calvino, que sin embargo recojo en algún punto, me remito a: U. Eco, «La combinatoria de posibilidades y la inminencia de la muerte» en *De los espejos y otros ensayos*. Lumen, Barcelona, 1988, pp. 225 y ss.

tal, no puede ser cambiado. Otra, por el contrario, contiene lo posible que el paso del tiempo se encarga de entregar al pasado. La segunda lectura, por el contrario, reconocería que la ciudad actual no es en el fondo tan necesaria y, por tanto, puede ser cambiada. Todo consiste en encontrar la posibilidad todavía no realizada, pero vislumbrada en el conjunto de posibilidades ya sidas.

Me gustaría pensar que en esas esferas de cristal está también contenido lo que nos ocupará a partir de este instante. Pero no debemos confundirnos: es asunto de ficción, tarea de fabulador. Y ese no es el caso del historiador ni, por tanto, de Koselleck, quien casi a cada página de *Futuro pasado* se encarga de recordarnos su condición: «nosotros los historiadores...». Una manera de explicitar la distancia entre el historiador y el literato, el científico y el fabulador.

2. EL ESPEJO DE LA HISTORIA

La distancia entre el científico y el fabulador separa también a la verdad de la ficción. El compromiso con la verdad no es un añadido a la tarea del historiador. Compromiso tanto más problemático cuanto peculiar es el objeto de su disciplina: el pasado.

El imperativo de la objetividad y la imparcialidad apunta, al límite, a la disolución de la subjetividad para que, sin añadidos ni deformaciones, hable a través del discurso la verdad de los acontecimientos pasados. Más aún, el ideal así propuesto equivaldría a la confusión productiva entre el acontecimiento pasado y su narración presente. La adecuación de ambos órdenes sería la verdad sin más. Como nos recuerda Koselleck, esa comprensión del trabajo del historiador encuentra expresión metafórica:

«un índice seguro del realismo ingenuo que esperaba hacer aparecer intacta la verdad de las historias es la metáfora del espejo. La imagen que el historiador, similar en este punto al espejo, debe reflejar, no debe *en modo alguno ser desfigurada, aplanada o caricaturizada*. Esta metáfora transmitida desde Luciano se ha perpetuado al menos hasta el siglo XVIII, se tome a Voss, quien definió en 1623 a la historia todavía de manera muy tradicional como el *speculum vitae humanae* o se tome a los *Aufklärer*, quienes subrayaban la lectura moral hecha de los Antiguos y de este modo exigían a la descripción histórica que ofreciese al hombre un *espejo imparcial* de sus deberes y obligaciones»³.

3 «Punto de vista, perspectiva y temporalidad. Contribución a la apropiación historiográfica del mundo histórico» en *Futuro pasado*, pp. 163-164/179. La primera de las citas en cursiva pertenece a Luciano (*Cómo se debe escribir la historia*, cap. 51), la segunda a G.J. Voss[ius] (*Ars historica* (1623), cap. V), la última a J.S. Halle (art. «Geschichte» en *Kleine Encyklopädie* (1799), t. 1.). [La primera de las cifras remite a la edición francesa, *Le futur passé. Contribution à la sémantique des temps historiques* (trad. J. Hook, M-C. Hook). E.H.E.S.S. Paris, 1990; la segunda a la edición original: *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*. Suhrkamp. Frankfurt a.M., 1979].

Casi todos los problemas y aspiraciones de la ciencia histórica estarían recogidos ahí. Ninguna imagen como la del espejo sirve para expresar de manera más eficaz: (a) el papel del historiador, similar a un espejo que sin alteración ni intervención, refleja y da a ver la realidad histórica por él narrada; (b) el presupuesto antes filosófico que histórico, según el cual la verdad de la imagen reflejada consiste en su perfecta adecuación con la imagen original; por último, (c) la posibilidad ahí contenida de convertir a la historia en *magistra vitae*, repertorio de enseñanzas morales a disposición de las generaciones presentes.

Pero nada de eso sería posible sin la concepción especular de la historia. De ahí que, en rigor, no sólo el historiador quede convertido en espejo imparcial; es la historia misma como sucesión de sucesos la que especularmente queda absorbida en su narración. Sólo así la historia, en todos los sentidos del término, se torna gigantesco espejo a disposición del presente que en él encuentra la imagen nítida de los momentos visibles que lo han precedido y han gestado su actual aspecto. En el fondo, algo así, quizás, como el estadio del espejo o la historia al servicio de un narcisismo epistemológica, ontológicamente ingenuo.

Sin embargo, esa escenografía retórica que articula la relación entre el historiador y la historia, la visión y su objeto, el pasado y el presente, debe ser restituida en su complejidad. Ese espejo en el que la historia reflexiona sobre su propia naturaleza no es uno, sino tan plural como puedan serlo las historias. En ese periodo cronológicamente anterior al siglo XVIII, recuerda Koselleck, «había historias en plural, toda clase de historias que ocurrían verdaderamente y servían de ejemplos para enseñar la moral, la teología, establecer el derecho y fundar la filosofía; la historia era en su formulación misma una forma plural»⁴. Esa pluralidad sólo se dejaría representar como escenario habitado por una multiplicidad de espejos, atravesado por una diversidad de perspectivas, no reconducibles a la unidad de una sola historia. Sólo así se entiende que sin dejar de lado ni los espejos ni las enseñanzas morales del pasado, pueda subscribirse en 1748 la multiplicidad contenida en el término «historia»:

«la historia ‘son’ un espejo de la virtud y del vicio donde puede aprenderse de la experiencia de los otros lo que hay y lo que no hay que hacer (*die Geschichte sind ein Spiegel der Tugend und des Lasters, darinnen man durch fremde Erfahrung lernen kann, was zu tun oder zu lassen sei*)»⁵.

4 «Del carácter disponible de la historia» en *Futuro pasado*, pp. 235/263.

5 J.Th. JABLONSKI, *Allgemeines Lexikon der Künste und Wissenschaften*, 2ª ed. Königsberg-Leipzig, 1748, 2 vol., t.1, p. 386. Citado por R. KOSELLECK en «Del carácter disponible de la historia» en *Futuro pasado*, p. 245, n. 5/263, n. 5.

El tránsito que va de la multiplicidad de espejos al espejo como tal es el que recorre la modernidad al convertir en objeto de reflexión la naturaleza especular de la historia. Es el momento en que expresiones como «historia en sí» o «historia en cuanto tal» adquieren carta de naturaleza.

3. VISIÓN DE LA HISTORIA

La vuelta reflexiva sobre el medio especular que es la historia, supone —paradójicamente— la quiebra de esa metáfora y la devaluación del sentido que privilegiaba: la visión.

Y es que en el uso de esa metáfora se incluyen tanto el *ideal* que orienta a la narración histórica —la adecuación perfecta entre el original y su imagen, el acontecimiento y su relato—, como su *dificultad*. Ya en *Futuro pasado* se recuerda que Luciano comparaba al historiógrafo con un escultor «al que se le habría impuesto el material pero que —al igual que Fidias—, debía trabajarlo siendo tan fiel a la realidad como fuera posible». Y es que, «el auditorio debía poder ver con sus propios ojos los acontecimientos que se le relataba». Por eso, concluye Koselleck, «la imagen del escultor todavía permanece prisionera del hecho de ver, de mostrar y de reflejar como si se tratase de un espejo (*widerspiegeln*)»⁶. El historiador da a ver a sus contemporáneos y sólo así se constituye como ese medio aséptico y transparente donde se refleja el pasado desaparecido. Sin embargo, la imagen que el historiador ofrece a la visión de sus contemporáneos tiene mucho de conquista y creación. Tanto como puede haber en el escultor con quien se lo compara.

Así se comprende la prioridad del sentido de la vista frente al del oído en la antigua historia. Si los testimonios históricos son prioritariamente visuales y tiene más valor histórico lo visto que lo transmitido oralmente, es porque sólo a través de la visión el hombre deviene espectador y se exhibe la instantaneidad especular existente entre el sujeto de la visión y su objeto. Es claro que eso supone una concreta delimitación del espacio histórico, que se extiende hasta donde lo permiten los observadores vivientes o los testimonios orales de los testigos supervivientes. La historia se instala así en el pasado visualmente accesible. La metáfora del espejo y la contemporaneidad de la mirada que la torna eficaz, encuentran su más justo correlato en la primacía historiográfica de los testimonios visuales.

Ese entramado retórico y metodológico se ve radicalmente alterado en la modernidad: las «metáforas pre-modernas de la objetividad» y entre ellas la del espejo, finalmente orientadas a

6 «Punto de vista, perspectiva y temporalidad. Contribución a la apropiación historiográfica de la historia» en *Futuro pasado*, pp. 165/182.

«una «verdad desnuda», sin añadidos y de la que quepa dar cuenta sin la menor ambigüedad, nos reenvían a una percepción de la realidad que permanece constitutiva de la representación histórica hasta el siglo XVIII»⁷.

Es ese el punto al que me interesaba llegar. Todo el acento debe recaer en ese «hasta el siglo XVIII» y el límite que traza⁸. En lo fundamental para destacar dos cosas: la manera en que Koselleck lo da a ver y lo reconstruye; la forma en que él mismo desborda ese marco de comprensión.

4. EL ESPEJO QUEBRADO

La ruptura del modelo especular va a una con el estado de cosas diseñado por la Ilustración y las dudas suscitadas acerca del valor cognoscitivo de los enunciados históricos⁹. Algo debido a la peculiar relación que guardan con su objeto —ya acontecido y entregado al pasado—, no susceptible de repetición, ajeno a la comprensión de la experiencia como experimento y, en rigor, no absolutamente verificable. Nada de ello sería indiferente a la perplejidad que suscita la narración histórica, a caballo entre la crónica fijada a hechos, el relato ficticio y la exposición conjetural.

La oposición entre el acontecimiento y el discurso ya no se sutura al modo del realismo ingenuo que proclamaba su correspondencia y establecía en ésta su verdad. Más allá de eso «se esconde esencialmente una experiencia moderna, la de un tiempo específicamente histórico que obliga a la ficción y a los hechos a esclarecerse mutuamente de una manera nueva»¹⁰. No se obvia

7 Idem.

8 Dos son los aspectos que deben ser apuntados. En primer lugar, el hecho de se sitúe la quiebra del modelo especular en la Ilustración, cuando antes ya se había apelado a «los *Aufklärer*, quienes subrayaban la lectura moral hecha de los Antiguos y de este modo exigían de la descripción histórica que ofreciese al hombre un *espejo imparcial* de sus deberes y obligaciones». En segundo lugar, la dificultad de aunar la quiebra del modelo especular asociado a la historia y su pervivencia cuando se trata de la teoría del conocimiento: «La imagen que mantiene cautiva a la filosofía tradicional es la de la mente como un gran espejo, que contiene representaciones diversas —algunas exactas, y otras no— y se puede estudiar con métodos puros, no empíricos. Sin la idea de la mente como espejo no se habría abierto paso la noción del conocimiento como representación exacta. Sin esta última idea, no habría tenido sentido la estrategia común de Descartes y Kant —obtener representaciones más exactas inspeccionando, reparando y limpiando el espejo, por así decirlo», R. RORTY, *La filosofía y el espejo de la naturaleza*. Cátedra, Madrid, 1983, p. 20.

9 Para una reconstrucción de la concepción ilustrada de la historia, al hilo de Koselleck, aunque diferente a la aquí apuntada, me remito a P. RICOEUR, *Temps et récit III: Le temps raconté*. Seuil, Paris, 1985, pp. 303 y ss.

10 «Terror y sueño. Algunas observaciones metodológicas» en *Futuro pasado*, pp. 251/281.

el antagonismo entre hechos y discurso, se rompe su relación especular. El simple hecho de que pueda hablarse de progreso asociando lo precedente y lo actual a un menos y un más, supone abandonar tanto el carácter de modelo pedagógico-moral concedido al pasado, como la experiencia temporal del presente continuo en que quedaba confinada la historia acotada por su horizonte visual.

De una manera más precisa, la quiebra del modelo especular supone la devaluación del privilegio hasta entonces concedido al sentido de la vista: «en la medida en que el testimonio ocular auténtico de un acontecimiento pierde su papel privilegiado frente al acontecimiento, el tiempo separado de toda representación palpable adquiere una función creadora de conocimiento que engloba a la historia en su totalidad»¹¹. Si el hecho de ser espectador ya no garantiza la veracidad del testimonio, entonces resulta imparable la promoción de las ideas de subjetividad y perspectiva que finalmente desemboca en la cuestión acerca de la relatividad de los testimonios. Se hace así explícita tanto la distancia entre el orden del discurso y el de los acontecimientos, como su complejidad añadida cuando se trata de sucesos pasados. Unido a ello, la dinamicidad productora del tiempo histórico ahora liberado de su neutralización en el presente continuo al que lo sometía la historia pre-illustrada. Libre de la ortopedia de la representación que lo fijaba a la forma del relato, el tiempo histórico se torna tan efectivo como eficaz es su influencia prolongada hasta el presente.

5. TRAVESÍA DEL HORIZONTE

No haría falta insistir mucho para reconocer ahí el entramado donde se gesta la filosofía de la historia asociada al concepto de modernidad. Pero sin salir del tiempo histórico, de la metáfora del espejo, ni de las metáforas en general, la posición de Koselleck es otra. Lo destacaré en dos tiempos: (a) atendiendo a la visión y a la metáfora del horizonte; (b) destacando su peculiar ruptura con la metáfora del espejo.

(a) Si el problema es el tiempo histórico, la cuestión es cómo se genera:

«la tensión entre la experiencia y la expectativa suscita de manera cada vez diferente soluciones nuevas (*neue Lösungen*) y, por eso, engendra el tiempo histórico»¹².

11 Ibidem, p. 252/282.

12 «“Campo de experiencia” y “horizonte de expectativa”: dos categorías históricas» en *Futuro pasado*, pp. 314/358.

Si el «campo de experiencia» y el «horizonte de expectativas» son las dos categorías meta-históricas desde las que cabe fundar la posibilidad de la historia, eso se debe a su incesante fractura, su constante desplazamiento. Esa ruptura concede tiempo a la historia. Esa apertura nunca clausurable constituye el espacio del presente. Espacio paradójico en tanto dislocado y escindido entre la experiencia —«el pasado actual cuyos acontecimientos han sido integrados y pueden ser recordados»—, y la expectativa: «ella también se cumple en el presente y es un futuro actualizado; tiende al todavía —no, a lo no experimentado, a lo sólo vislumbrado»¹³. Experiencia y expectativa son comprendidas no sólo temporalmente en tanto pasado y futuro, también *metafóricamente*. Si en un caso el referente es espacial («campo de experiencia»), en el otro es visual («horizonte de expectativas»).

Es cierto —Koselleck lo recuerda—, que el tiempo sólo se deja expresar mediante metáforas espaciales; pero más allá de eso ahí también se muestra que «la presencia del pasado es diferente a la del futuro. Que toda experiencia proveniente del pasado sea espacial tiene sentido porque se aglomera en un todo donde un gran número de estratos del pasado están presentes al mismo tiempo sin por ello informar sobre su antes y su después»¹⁴. El pasado es lo que «tiene lugar», aquello a lo que se le concede un sitio y sólo así la asociación espacial hace que tiempos diferentes y heterogéneos sean rigurosamente simultáneos. Sólo en tanto tiene espacio, el pasado es realmente efectivo. El tránsito del futuro al pasado equivale a la espacialización y realización de las expectativas hasta entonces sólo idealmente presentes en el espíritu de los hombres. El futuro deja de ser tal y deviene pasado cuando se le hace sitio, se le concede un espacio y se efectúa lo que hasta entonces sólo era posible.

Si la experiencia y el pasado remiten a la metáfora espacial del «campo de experiencia», otro es el caso del «horizonte de expectativas», vinculado al fenómeno de la visión:

«el horizonte es esa línea tras de la cual se abre un nuevo campo de experiencia del que nadie puede aún tener conocimiento (*noch nicht eingesehen werden kann*)»¹⁵.

La línea del horizonte acota la finitud de la visión. Se extiende hasta donde llega la vista. En su interior las cosas se tornan visibles y cognoscibles, pero a condición de que no comparezca como tal aquello que, excediéndolo, traza el espacio de lo visible y cognoscible. Lo que está más allá del horizonte

13 Ibidem, pp. 311/355.

14 Ibidem, pp. 312/356.

15 Ibidem, pp. 313/356.

es incognoscible. Sin embargo, Koselleck aventura algo: tras él «se abre un nuevo campo de experiencia». En rigor eso es algo que únicamente puede ser objeto de conjetura o hábito, no de conocimiento. Literalmente, sólo puede ser objeto de fe: creer en lo que no se ve. Tal es la creencia sobre la que se alza el conocer.

Reducto teológico quizás, sin la esperanza de un espacio más allá de donde la vista alcanza a ver, la historia se presentaría como espacio clausurado, totalidad cerrada. Sin la esperanza siempre actualizada de la sucesión reiterada de expectativas, la vida carecería de sentido. Pero si ahí radica la posibilidad del sentido, eso sólo es posible porque resulta incognoscible el presupuesto de la continuidad indefinida de las expectativas de sentido.

Ese futuro más allá del futuro representable debe ser irrepresentable. Cuando deja de serlo se torna planificación, cálculo, pronóstico, etc. Ese futuro incognoscible que se extiende más allá del horizonte de la visión sólo es tal a costa de no ser; sólo como imposible cabe pensar su posibilidad. Que haya un más allá del horizonte todavía no conocido, aunque sin cesar sea ofrecido a las expectativas humanas, es la expectativa de las expectativas: lo que las posibilita pero de lo que no hay conocimiento posible. Desde ahí cabe comprender el modo en que Koselleck rompe con el modelo especular.

(b) Habría que recordar en este punto la asimetría esencial entre pasado y futuro, su diferencia sin común medida. No hay forma alguna de deducir íntegramente las expectativas por venir de las experiencias pasadas; una y otra dimensión jamás se superponen. Eso impide proyectar el modelo especular sobre la experiencia y las expectativas, el pasado y el futuro:

«no se trata de conceptos que se complementarían simétricamente, ordenando por ejemplo, el uno en relación al otro, como si se tratase de un espejo (*etwa spiegelbildlich*)»¹⁶.

No hay, pues, espacio común en el que compareciesen: su incommensurabilidad va a una con su diferencia. Experiencia y expectativas tienen *la suficiente relación* como para que la continuidad no se rompa, son *lo suficientemente diferentes* como para que las expectativas no sean íntegramente deducibles de las experiencias habidas. Hay *continuidad* pues sólo así el sentido es legible a posteriori, hay *ruptura* pues sólo de este modo la sucesión de la historia no es anticipable en su totalidad, ni reducible a un encadenamiento puramente causal que permitiese la previsión rigurosa del porvenir. El acontecer de la historia no se resume en el encadenamiento cronológico de los sucesos, tampoco se asimila a la sucesión regular de los

16 Ibidem, pp. 312/355.

fenómenos naturales. Ni el espejo del pasado refleja los acontecimientos futuros, ni el espejo del futuro permite la contemplación de los sucesos pasados.

La imposibilidad de cruzar la línea del horizonte y la quiebra del modelo especular, ahora reconocido como ingenuo espejismo, apuntan a la finitud humana. Más allá del horizonte de la visión hay un espacio opaco que nada refleja¹⁷. Aun cuando en él no quepa mirarse, aun cuando sea humanamente incognoscible, necesariamente debe ser supuesto para que la historia sea posible. Sin solución de continuidad, el hombre queda escindido entre el conjunto de experiencias hechas y el horizonte de expectativas proyectadas. Ninguna de ellas le entrega su imagen integral. Sin embargo, no puede interrumpirse el trabajo de elaboración de su propio sentido. Si alcanza la determinación de su propio perfil —aunque sea de manera pasajera y provisional—, es a costa de que quede indeterminada la condición de posibilidad de su propia determinación. Esa experiencia constituye para Koselleck lo específico de la modernidad:

«un proceso de engendramiento (*Zeitigungsprozess*) en el que el sujeto o los sujetos sólo se dejan determinar por la reflexión del proceso sin que éste sea por eso determinado»¹⁸.

Lo que en el hombre condiciona su determinación queda humanamente indeterminado. La incesante reflexión en la que el sujeto se constituye y accede a su propio perfil nunca alcanza a ver ese medio especular donde vislumbra su propia imagen. Sólo alcanza a ser finito y determinado a costa de una infinitud indeterminable que lo supera. En esa paradoja insuperable se cifra «la ambigüedad del concepto moderno de historia»: «la ambigüedad del concepto moderno de historia surge de pensarlo como totalidad (aunque sólo fuese por razones estéticas), sin jamás poderlo establecer como finito —de una manera bien conocida, el futuro sigue siendo incognoscible»¹⁹. Esa incognoscibilidad es lo único conocido con certeza del futuro; pero esa es también la razón de que la totalidad de la historia quede siempre abierta. Una manera de señalar la tensión nunca resuelta entre la totalidad indeterminable y el fragmento que sólo inserto en ella encuentra su sentido. Aquí encuentra

17 Es aquí donde, a diferencia de lo antes apuntado respecto a Rorty y lo que con posterioridad se dirá en relación a Heidegger, debe tomarse en consideración *The tain of the mirror*, de R. Gasché (Harvard University Press, 1986).

18 «Historia, historias y estructuras temporales formales» en *Futuro pasado*, pp. 130/143.

19 «Historia, historias y estructuras temporales formales» en *Futuro pasado*, pp. 130/143.

su lugar la aspiración nunca cumplida aunque sin cesar reiterada: intentar definir la totalidad que determina a la particularidad aunque esa totalidad no sea nunca algo definido, finito, abarcable por la visión humana. Sin cesar, la línea del horizonte que ciñe al espacio de la visión es desbordada por la opacidad que, sin ser algo presente, es condición de lo presente. Sólo así hay historia²⁰.

6. HORIZONTE DE LA POSIBILIDAD

El espacio de Koselleck da a ver al horizonte en lo que de límite posee. Se atiene a lo abierto y visible, susceptible de ser representado al hacer de la experiencia y las expectativas un «uso categorial»²¹. Todo ello con la intención de convertir a la experiencia y las expectativas en «categorías del conocimiento susceptibles de ayudar a fundar la posibilidad de una historia»²².

Si se trata de fundar la posibilidad del tiempo y del conocimiento históricos, las categorías que sirven a tal fin bien pueden ser calificadas como trascendentales. Trascendentales y formales: ««experiencia» y «expectativas» sólo son categorías formales, pues aquello que en cada ocasión se experimenta o se espera no se deja deducir de estas categorías mismas»²³. Resulta evidente que de las meras nociones de «experiencia» y «expectativas» no cabe extraer la multiplicidad de historias empíricas, particulares y concretas. Sin embargo, aun cuando el paso a lo empírico esté vedado, no ocurre así cuando lo deducible es el tiempo histórico: «[experiencia y expectativas]

20 Ciertamente cabría ir más allá de la línea del horizonte, considerarlo no desde lo que da a ver y las cosas cuya visión permite, sino desde lo que excede y posibilita la visión, al reconocer que «aquello que tiene carácter de horizonte es, así, solamente el lado vuelto hacia nosotros de un algo abierto que nos rodea, colmado de vistas al aspecto de aquello que, para nuestro representar, aparece como objeto» (M. Heidegger, «Debate en torno al lugar de la serenidad» en *Serenidad*, trad. Y. Zimmermann, Serbal, Barcelona, 1989, p. 44). Tal sería el camino heideggeriano, atento al horizonte antes como apertura que como límite. Ese camino comienza justo allí donde la reflexión de Koselleck se detiene. Ahora no se trataría de la posibilidad del tiempo histórico y las categorías meta-históricas desde donde se lo representa, sino del lugar en que descansa el darse de la historia en cuyo acontecer el objeto histórico es representado y conocido: «el acontecer histórico (*Geschichtliches*) reposa en la contrada (*Gegnet*) y en lo que adviene como contrada, la cual, destinándose al hombre, lo «transcontra» (*vergegenet*) a su esencia» (p. 66). No es éste el momento de reproducir la vía heideggeriana y el paisaje que descubre. Simplemente basta señalar que esa reflexión de segundo grado no se orienta a las condiciones de posibilidad del tiempo histórico sino a la posibilidad de esas mismas condiciones de posibilidad.

21 «“Campo de experiencia” y “horizonte de expectativa”: dos categorías históricas» en *Futuro pasado*, pp. 309/351.

22 Ibidem, pp. 308/351.

23 Idem.

indican maneras de ser desiguales, desde cuya tensión se deja deducir algo así como el tiempo histórico»²⁴. Sólo de esta manera cabe entender el carácter trascendental que se les concede y que toda historia surja de la intersección de ambas categorías: «la historia concreta se realiza (*sich zeitigt*) en el cruce de ciertas experiencias y ciertas expectativas»²⁵. Se apunta así no sólo a la posibilidad de la historia, también a la posibilidad del conocimiento histórico: «las condiciones de posibilidad de una historia real son al mismo tiempo las de su conocimiento»²⁶. Si sólo hay historia efectiva donde su conocimiento es posible y sólo hay un conocimiento de la historia donde hay historia efectiva, el fundamento ontológico del conocimiento y la historia debe ser calificado como trascendental. Todo consiste en saber —volveré sobre ello de inmediato— cuán trascendentales son esas categorías. Todo pudiera ser que fuesen menos de lo que lo hasta aquí dicho pudiera dar a pensar.

La cuestión resulta crucial: puesto que la historia empírica no es derivable de las categorías de «expectativa» y «experiencia», pero la posibilidad de la historia remite a ellas, su carácter trascendental se vería relativizado o merado si, como tales, ellas mismas no fueran establecidas trascendentalmente. De ser así quedaría en el aire su legitimidad. Se justificarían quizás por el uso o su utilidad, pero nunca trascendentalmente. Sin embargo, Koselleck les concede un carácter trascendental por dos razones:

(a) en tanto supuestos irrebasables: «con toda evidencia, las categorías de experiencia y expectativa aspiran a un grado más elevado, difícilmente superable de generalidad, pero también a la inalienabilidad de su empleo»²⁷. No hay categoría histórica alguna cuya constitución no presuponga al par conceptual de «experiencia y expectativa».

(b) por la naturaleza de su oposición. Eso la diferencia de otras categorías históricas tales como «democracia», «guerra», «trabajo», etc. Todas y cada una de ellas se dejan dividir en los conceptos (pueblo, libertad, igualdad, nación, Estado, Europa, etc.) y las oposiciones (democracia/tiranía, democracia/dictadura, ocio/producción, etc.) que presuponen. En cada una de esas alternativas y los análisis que descomponen la unidad de los conceptos considerados, se abren campos semánticos diferentes.

Sin embargo, otro muy diferente es el caso de la pareja conceptual «experiencia y expectativa»:

24 Ibidem, pp. 313/357.

25 Ibidem, pp. 310/353.

26 Idem.

27 Ibidem, pp. 309/352.

«imbricada en sí misma (*in sich verschränkt*), no plantea ninguna alternativa; más aún, no puede tenerse la una sin la otra: no hay expectativa sin experiencia, no hay experiencia sin expectativa»²⁸.

El juego de la significación se abre con ellas, pero carecen de significado, salvo si por tal se entiende la posibilidad de significación que abre a todos los términos y categorías que las presuponen; es decir, todos los conceptos sin más. En este sentido es un significado trascendental; en tanto tal pertenece al orden de los significados, pero de una manera tan singular que al mismo tiempo lo desborda. Al abrir el juego de la significación se subtrae al régimen de los significados²⁹.

Conviene subrayar, sin embargo, que para Koselleck eso no equivale a una presencia última, fundamento ontológico y gnoseológico de las cosas presentes y, por ello, de la historia. Algo, en suma, que equivaldría a la anulación de la oposición entre experiencia y expectativa en favor de una instancia superior. Bien al contrario, lo que se sugiere es que sólo en la apertura no cancelable de esa oposición hay historia y sentido. Esa pareja conceptual «está imbricada en sí misma»: su significación no apunta a una realidad inteligible que la precedería, sino a su apertura como tal. No es una oposición al modo de las demás, tampoco una exclusión ni, mucho menos, una alternativa respecto a la que habría que decidir. Su significado no remite a algo ajeno y externo, sino a la relación cumplida empíricamente y en cada caso establecida entre expectativa y experiencia. Ese debería ser el caso, pero no lo es. Y ello en tanto la oposición entre experiencia y expectativa no carece de supuestos: su diferencia irreductible. Habrá que volver sobre ello de inmediato.

Se la califique como antropologismo o subjetivismo, la posición de Koselleck lleva impresa la marca de la modernidad. No es que el hombre sea pensado desde las categorías de expectativa y experiencia, sino a la inversa. Es el momento en el que Koselleck nos recuerda que

«nuestras dos categorías apuntan a condiciones generalmente humanas (*allgemein menschliche Befunde*); si se prefiere, reenvían a un dato antropológico previo (*eine anthropologische Vorgegebenheit*) sin el que la historia no es posible ni incluso simplemente pensable»³⁰.

28 Idem.

29 Me sirvo de la expresión «significado trascendental» en el sentido con que reiteradamente J. Derrida se ha servido de ella, por ejemplo, en «La structure, le signe et le jeu dans le discours des sciences humaines» en *L'écriture et la différence*. Seuil, Paris, 1983, pp. 409-428.

30 «“Campo de experiencia” y “horizonte de expectativa”: dos categorías históricas» en *Futuro pasado*, pp. 310/352.

Todo es reconducido ahora al espacio de la antropología. Es decir, a algo así como una naturaleza humana. Por ser tal no sería histórica y, no obstante, sin ello «la historia no es posible ni incluso simplemente pensable». Se esboza así la necesidad de desbordar el punto alcanzado, atravesando el horizonte de la perspectiva alcanzada:

«[las categorías de expectativa y experiencia] reenvían a la temporalidad del hombre y así en cierta medida metahistóricamente, a la temporalidad de la historia»³¹.

Como quiera que la teoría de esa historia efectiva y pensable quedaría incompleta sin la antropología subyacente que le sirve de fundamento, el problema consiste en saber dónde se encuentra esa antropología en la que legítimamente debe prolongarse la teoría de la historia. Todo ello sin salir de Koselleck, aunque el trayecto apuntado concluya abruptamente y falte esa antropología subyacente.

Esbozando el límite antropológico que ahí se dibuja, la ausencia que señala y la limitación que reconoce, me quedo con una idea: aquí la significación es antes relación que substancia. Una relación en la que «no puede tenerse la una sin la otra: no hay expectativa sin experiencia, no hay experiencia sin expectativa». Todo es aquí cuestión, por tanto, de «un más y un menos», asunto de ritmo, proporción y relación.

7. «MÁS O MENOS»

Conviene llamar la atención con urgencia sobre la aporía insuperable que para Koselleck está a la base de la historia y la posibilidad del tiempo histórico: la diferencia entre experiencia y expectativa cuya clausura equivaldría a la disolución del tiempo histórico; su apertura hace que las expectativas no sean integralmente deducibles de las experiencias acumuladas ni sean tales expectativas sin haber tomado en cuenta las experiencias precedentes. Siempre queda un margen de indeterminación y sorpresa en el paso que va de las expectativas anticipadas a las experiencias realizadas, del futuro por venir al futuro pasado. Esa aporía, reconoce Koselleck, «sólo se deja resolver (*auflösen läßt*) con la sucesión del tiempo (*mit der Abfolge der Zeit*)»³². Dicho de otra modo: la productividad del tiempo asociada a su sucesión es la manera en la que y por la que se abre la diferencia nunca cancelable entre experiencia y expectativas. Según una dinámica carente de fin, desde el futuro

31 Ibidem, pp. 311/354.

32 Ibidem, pp. 314/358.

pasado de las experiencias hechas se proyectan las anticipaciones de las expectativas futuras. La diferencia abierta por la productividad del tiempo es convertida aquí en característica estructural de la historia:

«la diferencia indicada por ambas categorías remite a una característica estructural de la historia (*ein Strukturmerkmal der Geschichte*). En la historia acontece (*ereignet*) siempre más o menos (*mehr oder weniger*) de lo que está contenido en los datos previas (*Vorgegebenheiten*)»³³.

Una manera de decir, cuanto menos, cuatro cosas.

En primer lugar, (a) que —tratándose de la historia— lo sucedido nunca es idéntico a lo precedente. La sucesión es en la historia la repetición de la diferencia: la diferencia entre experiencias y expectativas. También (b), queda así abierta la posibilidad del imprevisto, la anomalía o la novedad que desborda las experiencias precedentes y las expectativas en su momento proyectadas. Además (c), sólo hay historia porque el orden de los acontecimientos nunca es enteramente homogéneo con el orden humano de las expectativas. Pero en ese caso dicha diferencia sería previa a la oposición entre expectativas y experiencias y sólo ella, por tanto, sería la genuina condición del tiempo histórico: condición trascendental (no pensada) de las categorías trascendentales (expectativa y experiencia) desde las que Koselleck piensa la historia. Previa a las expectativas y experiencias pensadas, su diferencia impensada: el presupuesto no suprimible aunque tampoco tematizado. Tal es el límite ontológico que señala la limitación del horizonte en cuyo interior se desarrolla la teoría de la historia supuesta por la historia conceptual.

Por último, (d) debe repararse en que esa oscilación no dominable entre el «más o menos» se refiere a «lo que está contenido en los datos previos (*Vorgegebenheiten*)». Ya se señaló anteriormente que «nuestras dos categorías apuntan a condiciones generalmente humanas»; si se prefiere, reenvían a «un dato antropológico previo (*eine anthropologische Vorgegebenheit*) sin el que la historia no es posible ni incluso simplemente pensable». La simple comparación entre esas dos afirmaciones remite a una cuestión crucial si acertamos a plantearla en clave política. Por varias razones.

No sólo porque en el fondo se nombre la responsabilidad. Es decir, la responsabilidad que cada uno debe asumir sobre las consecuencias futuras de sus acciones presentes. Las mismas llamadas a convertirse en el dato previo de las generaciones futuras. Aquello que a partir de lo cuál habrán de actuar y lo que también las condiciona.

33 Idem.

También porque tratándose del hombre, el «más o menos» no sólo debe entenderse en un sentido cuantitativo o extensivo; también cualitativo o intensivo. Una cosa es que el hombre haya llegado a donde nunca soñó llegar (producción de objetos, adelantos técnicos, etc.), superando en mucho las expectativas precedentes. Otra cosa es cuando se trata del sufrimiento, la injusticia o la violencia. En este caso es aún más decisivo respecto a qué hay «más o menos»: no da igual, no es igual que haya «más o menos». Respecto a eso nunca cabe estar al margen. Sobre todo si se padecen sus efectos.

La indiferencia no equivale aquí a objetividad, salvo que se trate del cinismo aséptico para el que todo es equivalente. Que siempre haya «más o menos» sufrimiento, injusticia o violencia es el enunciado del teórico de la historia, no el de quienes padecen la historia y con ella las expectativas y proyectos más o menos colectivamente forjados.

No parece, sin embargo, que sean muchas las esperanzas que Koselleck esté dispuesto a conceder:

«en la historia siempre se produce mas o menos (*mehr oder weniger*) de lo que está contenido en los datos previos (*Vorgegebenheit*). De ese más o menos los hombres deciden (*befinden*) , lo quieran o no. Pero las premisas no por ello cambian y cuando lo hacen es tan lentamente, a tan largo plazo, que escapan a la posibilidad de manejarlas, de disponer de ellas»³⁴.

Es el hombre quien se hace cargo de ello, sin duda, pero escapa a su control desde dónde. Así las cosas, la decisión humana es incapaz de decidir sobre aquello que le permite decidir. Cualquier atisbo de esperanza de que eso deje de ser así es algo que nunca verán los ojos de quien la vislumbra; ese horizonte no le está reservado. Privado de testimonio ocular, de ese hecho no hay historia, ni siquiera en el sentido más primitivo del término; tampoco hay posibilidad alguna de verse reflejado en ese espejo.

Puede que sea así y en ese caso habrá que ser realista a fuerza de reconocer cómo acontece la historia, cómo ocurren realmente los acontecimientos. Quizás tanto como para admitir que

«en tanto las acciones de los hombres (*menschlichen Handlungseinheiten*) se excluyan y se limiten entre sí, se darán (*wird geben*) pares de conceptos asimétricos y técnicas de negación que interferirán en los conflictos hasta que nazcan otros conflictos»³⁵.

34 «Del carácter disponible de la historia» en *Futuro pasado*, pp. 245/277.

35 «La semántica histórico-política de los conceptos antónimos asimétricos» en *Futuro pasado*, pp. 227/259.

Ejemplos de «pares de conceptos asimétricos» son oposiciones del tipo: bárbaro/pagano, cristiano/ pagano, etc. Excluyen el reconocimiento, señalan una privación, en suma, apuntan a una relación asimétrica y desigual entre contrarios. Pero más allá de eso, lo que ahí se nos dice es que el actuar del hombre parece indisoluble de la exclusión y la limitación de otros hombres. No hay actuar privado de la exclusión y la limitación de otras acciones. Cualquier solución o acuerdo no sería la anulación del conflicto sino la posibilidad de su reanudación.

8. INFIERNO DEL PRESENTE

Si el conflicto es inevitable —como parece sugerirse—, en ese caso la esperanza concedida aquí tampoco es mucha. Si hay conflicto donde hay acción y no hay hombres sin actividad, el conflicto es indisoluble de la condición humana.

Que haya conflicto puede ser un *factum* humanamente indecidible aun cuando decida la vida de los hombres. Pero que haya «más o menos» conflicto es algo sobre lo que los hombres deciden, «sea para continuar viviendo (*weiterleben*), sea para perecer (*untergehen*)»³⁶. No es poco lo que está en juego, no es baladí lo que se decide. Pero a lo decisivo se une aquí una insalvable limitación. Habría que repetirlo —será la última— una vez más: «en la historia siempre se produce mas o menos de lo que está contenido en los datos previos. De ese más o menos los hombres deciden, lo quieran o no. Pero las premisas no por ello cambian y cuando lo hacen es tan lentamente, tan a largo plazo, que escapan a la posibilidad de manejarlas, disponer de ellas».

Si los hombres actúan en la historia es a costa de no poder disponer íntegramente de lo que determina su actuar. Porque hay conflicto hay historia; sólo a costa de la insolubilidad del conflicto la historia es posible. Toda solución será siempre parcial y concreta, nunca solución de la naturaleza conflictiva del hombre. La solución del conflicto —parece sugerírsenos—, equivaldría a la disolución de la historia.

La experiencia del pasado es en este punto concluyente. Como Koselleck nos advierte: «no hay historia que no haya estado constituida por las experiencias vividas y las expectativas de los hombres *actuales* y *sufrientes*»³⁷. Con otras palabras: no hay historia sin acción ni sufrimiento. Esa es la dura

36 *Histórica y hermenéutica*, (Ed. J. L. Villacañas y F. Oncina). Paidós, Barcelona, 1997. [*Hermeneutik und Historik*. E. Winter, Heidelberg, 1987] pp. 85/21.

37 «“Campo de experiencia” y “horizonte de expectativa”: dos categorías históricas» en *Futuro pasado*, pp. 314/351 [la cursiva es nuestra].

enseñanza de la historia, la experiencia que supone y en la que se condensa el campo de experiencias. Tal es la experiencia de las experiencias.

Sin dejar de ser realistas, esbozando así el paso que desde la historia conduce a la teoría política: si es cierto que no hay historia sin sufrimiento, quizás ahí se esboce la necesidad de pensar *otra* historia que, sin ser utópica, no resultase necesariamente contradictoria con la ausencia de sufrimiento. Otra historia, quizás *por venir*:

Probablemente eso sea imposible para Koselleck, pero de forma indirecta esa es también la posibilidad que, al negarla, nos da a pensar. Comencé citando a Calvino; también con él quiero concluir:

«el infierno de los vivos no es algo por venir; hay uno, el que ya existe aquí, el infierno que habitamos todos los días, que formamos estando juntos. Hay dos maneras de no sufrirlo. La primera es fácil para muchos: aceptar el infierno y volverse parte de él hasta el punto de dejar de serlo. La segunda es arriesgada y exige atención y aprendizaje continuos: buscar y saber quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacer que dure, y dejarle espacio»³⁸.

Esa es una manera de sugerir hasta qué punto el futuro pasado de la historia debe estar atento al futuro presente de la vida. El infierno —viene a decirnos Calvino— no está en el más allá por venir, ni sometido a una economía de recompensas y castigos. El infierno del sufrimiento es lo que ninguna historia puede remediar sin dejar de ser historia —viene a decirnos Koselleck. Aceptar con realismo que ineludiblemente debe ser así no significa interiorizar la lógica del sufrimiento al punto de hacerla invisible. Más bien se trata de hacer históricamente accesible esa imagen de sufrimiento y sinrazón; dar a verla en el espejo de su narración. No para extraer de ella enseñanza alguna. Simplemente para impedir que se repita, para clausurar su repetición. Nada de ello es ajeno a una cierta idea de la amistad y la comunidad: «buscar y saber quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacer que dure, y dejarle espacio». Si donde termina el sufrimiento concluye la historia, donde acaba la historia conceptual empieza la teoría política.

38 I. Calvino, *Las ciudades invisibles* (trad. A. Bernárdez). Siruela, Madrid, 1996, p. 171.